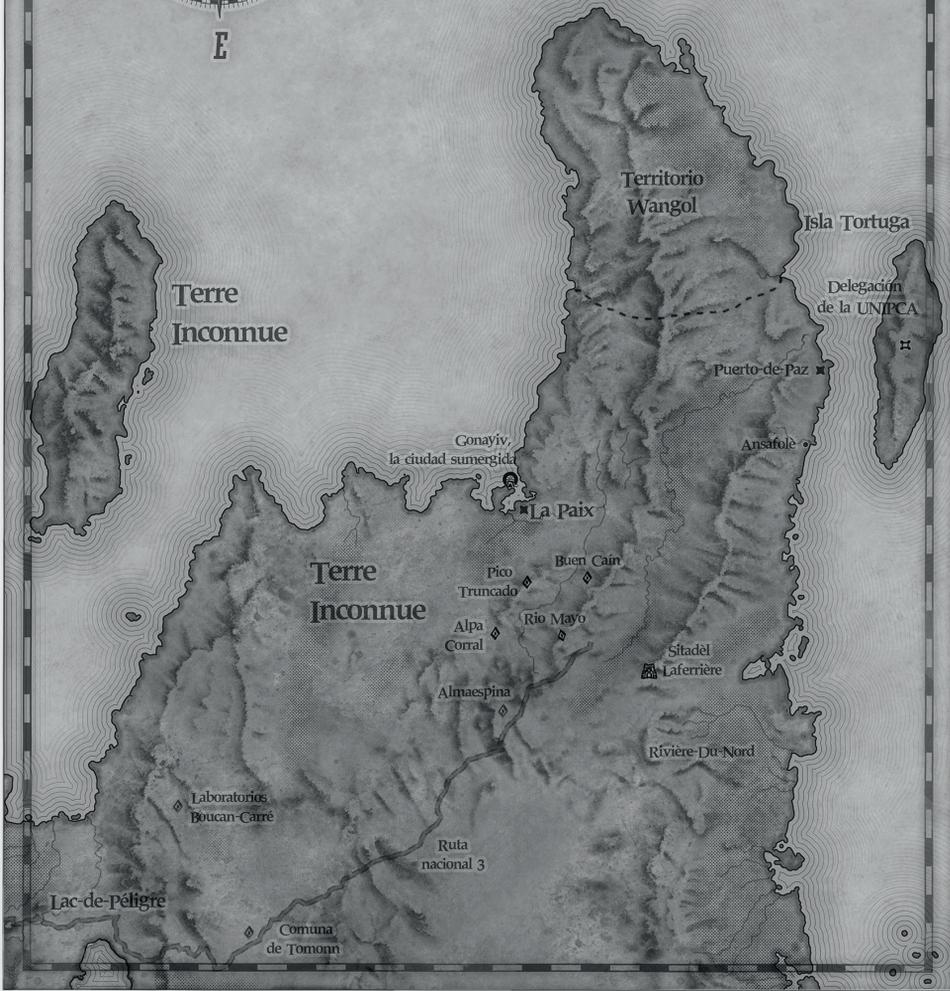


Pablo Loperena

# La Isla Grande en el mar eterno



# Mapa de Chauffeur, jeyograf-la del culto Fah



*Para Julia y Naheya.*

**Libro I.**  
**El corazón, la lápida  
y la estrella**

«Recuerden que en nuestra incapacidad de ver,  
los movimientos del prestidigitador se convier-  
ten en magia».

*La invención de Morel,*  
ADOLFO BIOY CASARES

Los tambores resonaron en la morada de los espíritus. El sol moribundo encendía el cielo sobre la cordillera, mientras los pasillos y salones del templo respiraban con el salmo rítmico del culto Fah. La congregación se desparramó desde los portones por el patio de la Sitadèl Laferrière, en la cúspide del Gorro del Obispo.

Encabezados por las mambo asogwe, los feligreses danzaban, recitaban, clamaban a la luna, presos del éxtasis. Portaban antorchas, fetiches de los loas y estandartes de linaje. Allí estaba el puercoespín rojo sobre campo de oro de los Laurent, el anillo-serpiente que se devora a sí misma de los Saintil, los escudos y lanzas gemelos sobre piel de lobo de los Janvyé, la máscara con ojos en la nuca de los Exantus, la efigie alta de los Ewe, el elefante coronado sobre fondo blanco de los Sylvain, y los emblemas del resto de familias que habitaban la ciudadela.

Todos vestían galas ceremoniales, faldas púrpuras, blusas amarillas, chisteras y levitas decoradas con plumas y calaveras de roedor. Tenían veves sagrados pintados sobre la piel, grabados en machetes y cocomacaques. Llevaban atados de la correa a sus tataratíos, abuelos y primos: galipotes que aullaban, balaban o cacareaban mientras se revolvían incómodos en sus ropajes protocolarios.

—Una marea de alquitrán se extendió desde el horizonte, nos enterró bajo su bóveda, llenó los océanos con su ponzoña... —cantaban las mambo.

—Y acudimos a los loas para salvarnos —coreaban los fieles.

—Aves muertas llovieron del cielo, los peces mostraron su panza pálida al sol de medianoche, extrañas bestias poblaron la tierra...

—Y llegaron los loas para salvarnos.

—Una noche sin fin cubrió la Tierra, los espíritus corrotos de Boucan escaparon de Guinea, se alimentaron de nuestras madres y padres...

—Y los loas nos cabalgaron para salvarnos.

—El planeta se sacudió hasta resquebrajarse, la Isla Grande se desgajó del mundo y ahora flota a la deriva en el mar eterno...

—Pero los loas se han quedado para salvarnos.

Al final de la comitiva, una anciana salió por el pórtico de la torre mayor. Ocho zombis desnudos y pintados de blanco la acarreaban en un palanquín forrado de lana roja, negra y azul, con el símbolo de los tres anillos de boda entrelazados sobre un corazón atravesado por una daga. Era la líder del culto Fah, el cuerpo ahora arrugado que Erzuli Mansur había cabalgado durante numerosas estaciones.

Tras ella, marchaban sus tres esposos. Dambalah, loa de la sabiduría y las serpientes, de mediana edad y cabeza rapada, era el más joven; llevaba un caftán oscuro y lloraba cabizbajo. Agwé, el Ángel en el Espejo, loa del agua y los alimentos, cabalgaba a un viejo de rostro curtido por una vida a la intemperie, que desfilaba con una expresión inescrutable. Ogún, loa del metal y la montaña, gritaba de tristeza, hendía el viento con su machete, sacudía sus largas rastas blancas, y se golpeaba el pecho, la barriga y la cara barbada con el puño. El séquito se enroscó en torno a los cañones ajados, cubiertos de polvo, y las pilas de balas centenarias. Hicieron corro para las aspirantes, a la sombra alargada de los muros de piedra vieja.

—De las profundidades surgieron...

—¡Los loas!

—Ascendieron para cabalgarnos...

—¡Los loas!

—Por siempre nos acompañarán.

—¡Los loas!

Los cocomacaques retumbaron contra las losas resquebrajadas del patio. La multitud se paró. El sol cayó tras las montañas. Canto y baile cesaron.

—¿Quién será puesta a prueba? —dijo Erzuli Mansur con su voz marchita.

Varias mujeres se internaron en el corro, cada una custodiada por un galipote.

—Athenais de la familia Janvy y su tataratía, Commandant Jacqueline —anunció una mujer de mediana edad, que llevaba de la correa a una cabra pinta con una casaca militar roja.

—Mirlande de la familia Exantus y su tataraprimo, Monsieur Dupont —dijo una muchacha acompañada por un gallo negro con librea y pajarita.

—Sainté de los cimarrones de Dondon y su tatarabuelo, Rey Henri I de San Cristóbal.

Una tras otra, más de cuarenta proclamaron su nombre y herencia, así como los de su galipote.

—Mahaila de la familia Ewe y su tatarabuela, Mamá Okoye.

—Dahina de los Yoruba Ojeda y su tataratío, Marcel Guerriere.

Erzuli Mansur abrió el relicario que tenía a sus pies. Estaba labrado en madera de flamboyán con la forma de Immamú, el velero que capitaneaba Agwé Tawoyo y que transportaba a los difuntos por el río amargo hasta la otra orilla. Sacó el cráneo de santa Cécile Fatiman de los Ojos Verdes, tallado con veves y con sendos jades engarzados en las cuencas oculares. Lo levantó sobre la cabeza y estudió a las aspirantes, una a una, desde el palanquín, a la luz del

fuego. Por intercesión de su ancestro, el examen se extendía a un ámbito espejo de la realidad, fuera del alcance de los demás asistentes. Tras el largo silencio, dio su aprobación a las candidatas con un asentimiento.

Los zombis sacaron grandes vasijas por el zaguán del hounfor, la casa de las imágenes. Se desplazaban con movimientos rígidos, descoordinados, en un mutismo absoluto. Sus globos oculares, amarillentos y sanguíneos. Su piel, desnuda y pintada con trazos blancos, presentaba picaduras de insectos, rozaduras y eccemas, debido a su carencia de instinto de conservación. Con torpeza, repartieron el ron hervido con yerbas secretas de la montaña entre las aspirantes. Luego distribuyeron los recipientes por el corro, para que el resto de feligreses bebiera.

Las candidatas sacaron sus cuchillos grabados con el veve acorazonado de Erzuli. Mahaila alisó el vestido violeta de Mamá Okoye y le rascó con fuerza la coronilla. La puerca negra y rosada roncó de satisfacción. Palpó su pulso a través del cuello, sintió su vida en la yema de los dedos.

—Muchas gracias por tu sacrificio, abuela —dijo con devoción—. No será en vano. —E intentaré no hacerte daño, pensó, porque no podía mostrar debilidad en esos momentos.

Las aspirantes cortaron la yugular de sus ancestros. Mamá Okoye chilló y trató de escapar, pero Mahaila se arrodilló para sujetarla y empaparse con su sangre. Ajena a los otros galipotes, que negaban su muerte entre estertores animalescos, llenó su boca del sabor rojo, cobrizo y viscoso para escupirlo contra sus rivales, mientras las que tenía más cerca hacían lo mismo sobre ella.

Una tras otra comenzaron a temblar, a medida que se abrían como portales a Guinea, el reino espiritual donde habitan los loas. Los zombis se llevaron los galipotes muertos para que los houngan los asaran a la estaca. Sus espíritus reencarnados habían sido sacrificados a los Señores del Allá y su carne animal, ahora vacía, serviría de alimento para la comunidad.

Erzuli Mansur entonó la primera nota, limpia y firme pese a su piel arrugada, y las aspirantes bailaron el yanvalú ritual. Los feligreses cantaban, tocaban el marimbol, la flauta de caña y los atabales; agitaban los fetiches para dar fuerza a sus favoritas; bebían de las vasijas que rellenaban los zombis; comían la carne asada que les servían. Las candidatas giraban en frenesí, se agitaban y golpeaban, chocaban unas con otras en un combate de danza a la luz de hogueras y antorchas.

En ocasiones, una de las mambo asogwe, o la propia Erzuli, cambiaba la tonada, que se esparcía por el fervoroso auditorio en mareas impredecibles. Si las aspirantes no acompañaban su baile a tiempo, eran abucheadas y aporreadas por el público con los cocomacaques hasta que lo corregían o caían derribadas.

Al otro lado de la razón, en una brecha incesante pero flexible entre el reino de la carne y el reino del espíritu, el instinto de Mahaila buscaba el cotizado centro de la vorágine de brazos, piernas, cabezas, espaldas sudadas y ensangrentadas. Un par de veces perdió el ritmo al alcance de los cocomacaques y fue golpeada, aunque no tan fuerte como la mayoría. La violencia esgrimida por la congregación no era uniforme, se ensañaba más en unas candidatas que en otras.

Los bastonazos, las colisiones y el cansancio hacían mella y, conforme la luna recorría el cielo, más aspirantes caían entre temblores. Cuando el sol despuntó isla adentro, el ánimo de los fieles había decaído. No así el de las mambo, que mantenían el ritmo de sus salmos. Solo dos contendientes continuaban en liza: Athenais y Mahaila. Una chispa que surgía más allá de su voluntad animaba sus cuerpos convulsos. Cubiertas de chorretones de mugre apelmazada y sangre seca, la ropa hecha harapos apenas cubría su piel maltratada.

Dos fuerzas irreductibles, sus torsos chocaron en una última arremetida desesperada. Quisieron la fortuna o los Altos Poderes que el pie izquierdo de Athenais pisara el muslo de una adversaria inconsciente. Trastabilló, se derrumbó

de culo y miró a Mahaila, que permanecía encorvada, tambaleante. Sus miradas perplejas se encontraron mientras el pensamiento regresaba a sus mentes. El letargo se llevó a Athenais, que ya no pudo levantarse.

Erzuli Mansur bajó del palanquín, envuelta en el silencio reverente de la muchedumbre, y se acercó a Mahaila, quien por primera vez fue consciente de su ojo hinchado, su labio partido, las falanges dislocadas en su mano izquierda, y todas las brechas y verdugones que la lastimaban. Con un esfuerzo agónico, se arrodilló frente a Erzuli Mansur, que le posó una mano en la cara.

—Papá Legba, por favor, abre la encrucijada —pidió la anciana al loa del gallo y los portales. Su último acto antes de ser descabalgada—. Erzuli, loa del amor, la salud, la belleza y la pasión, señora de la prosperidad y las flores, permite a esta, tu sierva, descansar tras largo tiempo de servicio y cabalga ahora a tu devota, Mahaila de la familia Ewe.

Una estrella cayó del cielo. Los asistentes que aún permanecían despiertos contemplaron fascinados cómo trazaba un arco desde el amanecer hasta la falda de una montaña cercana.

La vida de la comunidad se regía por el ritmo que imponían los pequeños rituales y las grandes ceremonias. Y, de todas ellas, no había ninguna más grande, ningún acontecimiento de mayor relevancia, que la elección de una nueva montura para Erzuli. La persona que escogiera, el aspecto de la loa que se manifestara en ella, marcarían el devenir de la congregación durante generaciones. En toda la historia del culto Fah, del resto de cultos conocidos, nunca había ocurrido algo así. Que una estrella cayera del cielo en el mismo instante en que Papá Legba descorría el velo, que un astro caído acompañara a Erzuli en su travesía desde Guinea... no tenía precedente. Debía tener un significado, solo que nadie sabía cuál era.

Mientras volvían su atención hacia Mahaila, los feligreses murmuraron entre ellos sobrecogidos por la señal, espec-

tantes por saber qué aspecto de Erzuli la cabalgaría a partir de ahora. Los que se habían dormido durante la larga ceremonia nocturna fueron despertados a sacudidas o pataditas; solo los más borrachos se perdieron aquel momento trascendente para la comunidad. La vieja Maël, porque nunca más sería Erzuli Mansur, tomó con suavidad la barbilla de Mahaila.

—Ponte en pie, Erzuli Dantòr.

La joven se incorporó y, con su cuchillo ceremonial, se rajó ambas mejillas. Un rumor de satisfacción recorrió la multitud. En tanto que el camino de Mansur representaba el amor maternal de Erzuli y estaba centrado en proteger a la congregación de todo mal, su aspecto Dantòr estaba especialmente interesado en la defensa de mujeres y niños, aunque era feroz a la hora de repartir castigos. Además, era famoso por su pragmatismo y profundidad espiritual, virtudes apreciadas a la hora de guiar al culto Fah. La prosperidad otorgada por Dantòr solía perdurar generaciones.

Maël le cedió su cocomacaque de ébano con la cabeza de la madona aureolada labrada en el pomo y los veves con forma de corazón grabados a lo largo de la superficie. Mahaila ya no era solo la joven aprendiz mambo si pwen que había iniciado la ceremonia. Una presencia ultraterrena, sabia y más antigua que el mundo, formaba parte de ella.

Se hizo la confusión entre una parte de la concurrencia. Varias personas se apartaron con voces de alarma. Agwé, uno de sus tres esposos, convulsionaba sobre el suelo con espuma en la boca. Todos la miraron en busca de orientación, sin comprender qué estaba ocurriendo.

El peso del liderazgo sacudió el ánimo de Erzuli Dantòr, aunque tomó el cráneo de santa Cécile Fatiman de los Ojos Verdes sin mostrar vacilación. Lo abrazó contra su pecho, se acercó junto al anciano, se arrodilló y entrecerró los ojos: debía usar su nueva vista de loa por primera vez. Había sido instruida, pero se encontraba al borde del colapso por el dolor y el agotamiento acumulados. Aquella prueba no llegaba

en el mejor momento, y una cosa era la lección y otra su aplicación. Sin embargo, ahora era su deber y no pensaba fallarles.

Observó las arrugas que cercaban los ojos cerrados del anciano, la cantidad y fluidez de la espuma, sus manos crispadas. Se concentró en cada detalle al mismo tiempo que en el conjunto, para traspasar el velo que separaba Guinea del reino de este mundo, como le habían enseñado.

—Agwé lo ha descabalgado —dictaminó—, su viejo cuerpo no ha podido soportar el cambio.

Turbada, reparó en que la idea había brotado de manera espontánea en su mente. Le haría falta un tiempo para acostumbrarse a la cercanía de los Altos Poderes. A su alrededor, amigos y parientes hacían corrillos para comentar decepcionados lo sucedido. Agwé supervisaba las labores de pastoreo y los cultivos de las terrazas que rodeaban la Sitadèl Laferrrière, en la falda de la montaña. Una labor inestimable para la congregación.

—Llevalle al dispensario —pidió a las mambo que servían a Louquo, loa de la sanación y los árboles—. Y también a las aspirantes que hayan resultado heridas durante la ceremonia. Mañana iremos a buscar la estrella —añadió mientras señalaba hacia donde el astro había caído.

Al girar hacia el portalón, sus fuerzas flaquearon y estuvo a punto de desplomarse, pero logró mantenerse en pie con ayuda del cocomacaque. Ogún y Dambalah, los dos maridos que le quedaban, acudieron a auxiliarla. Ella los rechazó con un ademán y se dirigió al dispensario con todo su empeño puesto en no cojear.

Erzuli despertó tras un sueño pesado. Apenas recordaba algunas imágenes borrosas de cómo le habían atendido las mambo, antes de conducirla a sus nuevos aposentos. Sus aposentos de siempre, se recordó con severidad. Era cierto que Mahaila antes dormía en el hogar de la familia Ewe, ubi-

cado en la antigua armería de la fortaleza. Pero la habitación donde se encontraba, en lo alto de la torre mayor, siempre había pertenecido a Erzuli. Y ahora Erzuli Dantòr cabalgaba el cuerpo de Mahaila.

Sus lesiones estaban recubiertas con una pasta de aroma herbal. Le habían drenado el ojo hinchado y entablillado la mano izquierda. Sobre la cabecera de la enorme cama con colchón de plumas, estaba el paket kongo de Mahaila: un fetiche de tierra sagrada envuelta en tela, pedrería y lentejuelas, ceñido con su cordón umbilical disecado. Creado tras su nacimiento para legitimar su ingreso en la comunidad, las mambo lo habían sacado del sagrario del altar mayor para favorecer el vínculo que la unía a Guinea. Erzuli sintió cómo el calor de Louquo manaba de él para sanarla.

A través del ventanal, vio que era de noche. La infusión que le habían dado en el dispensario le había hecho dormir todo el día. Un quinqué humeaba en cada esquina del recinto. Iluminaban un macizo escritorio con sillas de piel repujada y varios muebles de madera ennegrecida. Eran grandes y ornamentados, de antes del terremoto que desgajó la Isla Grande del mundo. Las pertenencias de Erzuli eran variadas, puesto que las necesitaba para cumplir sus muchos cometidos. Nada que ver con el pequeño baúl que tenía a los pies del jergón cuando solo era Mahaila.

Suspiró. Puede que se debiera a su penoso estado, pero creía que se sentiría diferente al ser cabalgada. Tampoco sabía exactamente cómo. Más completa, quizá.

En la mesilla había una sopa joumou de carne ahumada, calabaza, puerro y zanahoria sobre un brasero. Oía de maravilla y todavía estaba caliente. Con cierto esfuerzo, Erzuli de las Flores se recostó sobre un almohadón y la sorbió con cuidado. El labio partido le dolía cada vez que se llevaba la cuchara a la boca.

Alguien llamó a la puerta cuando estaba a punto de terminarla.

—Adelante —dijo.

La cara sonriente de Dambalah, el más joven de sus esposos, asomó desde el pasillo al otro lado.

—¿Qué tal estás?

—Como si algún malparido me hubiera batido las ideas con un cucharón —compuso una mueca de fastidio—. Creo que hay cosas que debería saber, pero no... Conversaciones, información de cuando cabalgaba otras monturas.

—Es normal, aún es pronto. Tienes que acostumbrarte, ser paciente.

Erzuli rezongó, dejó el cuenco sobre la mesilla y se levantó con dificultad. Se acercó al escritorio, abrió la ventana esmerilada con la mano sana y observó la luna llena. La leyenda decía que antaño podía verse el otro lado del océano desde la cima del Gorro del Obispo, en un día despejado. Pero desde que la Isla Grande se había desgajado y flotaba a la deriva en un mar eterno, solo se divisaban las olas hasta el horizonte.

Inspiró con fuerza la fragancia fresca de la montaña. Olía a pastizales y estiércol, a esfuerzo en los campos y humedad. Era el olor del hogar.

—Voy a visitar el dispensario, ¿me acompañas?

Dambalah ensanchó su sonrisa y le ofreció un brazo para que se apoyara.

Con su cocomacaque en una mano y la otra cogida del brazo de Dambalah, Erzuli recorrió los camastros del dispensario y habló con las mambo asogwe para asegurarse de que nadie padecía heridas de gravedad. Las mambo si pwen recogían los orinales y las escudillas que habían usado los pacientes para cenar. Al terminar, los limpiarían con agua del aljibe en el patio y regresarían para apagar las luces, antes de retirarse a sus respectivos hogares familiares. Esa también había sido una de las muchas tareas de Mahaila hasta ayer.

Reprimió las ganas de levantar una mano para saludar a Shontelle. La joven iniciada de la familia Saintil había sido

la mejor amiga de Mahaila antes de que Erzuli la cabalgara. Tres noches atrás reían juntas, al ver cómo Yaritza daba al apuesto Achilles la paliza de su vida durante un entrenamiento de los macheteros al cargo de Ogún. Ahora, Shontelle pasó a su lado cargada de vajilla sucia con la vista fija en el suelo.

—Athenais no parece contenta —comentó Dambalah.

Varios familiares y allegados de la enérgica agricultora se habían reunido alrededor de su catre. Erzuli se fijó en que más de uno les dirigía miradas hurañas de reojo.

—Es una verraca dura de pelar. —Encogió un hombro—. Pero sabe que fue una ceremonia justa.

—Y la familia Janvyé es una de las más fuertes del culto Fah.

—¿Ah, sí? ¿No me digas? —gruñó Erzuli.

Un brillo divertido relució en los ojos de Dambalah.

—Aunque no me cabe duda de que lo tienes presente. Cualquier líder sabia lo tendría.

Además de las aspirantes lesionadas en la ceremonia de la noche anterior, había un crío que se había roto el brazo al caer desde un muro, nueve personas afectadas por la última epidemia de fiebre estomacal e Ihilani, una ganadera de la familia Sylvain.

—Solo va a pasar la noche aquí por precaución —explicó Marye Louise, la más experta comadrona mambo asogwe del culto Fah—. Ha tenido un sangrado mientras ordeñaba y quiero tenerla a mano por si acaso.

—Bien —dijo Erzuli—. ¿Qué tal te encuentras, Ihilani?

—Aburrida. Deseando que este pelmazo salga de una vez. A saber cómo se están organizando mis hermanos con el rebaño, los muy inútiles, mientras estoy aquí sin hacer nada.

—Te he dicho que no te vas a levantar de la cama hasta que yo lo diga —le riñó Marye Louise—. No me seas bobolonga y deja de protestar.

—Lo que tú digas —refunfuñó Ihilani antes de cruzar los brazos sobre su panza prominente.

En el último lecho reposaba el viejo cuerpo que hasta esa mañana había cabalgado Agwé, con los ojos cerrados. Maël estaba sentada en un taburete a su lado. El loa de la sabiduría y las serpientes la miró con tristeza. La grandeza que hasta entonces había imbuido su esposa, Erzuli, en la anciana ya no estaba. Solo quedaba una sombra de lo que había sido.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Erzuli Dantòr a Maël con delicadeza.

La anciana se revolvió incómoda.

—Fui su montura durante toda una vida. Ha estado conmigo desde que era una cría, me ayudó en cada paso del camino. Y ahora soy vieja y estoy sola. ¿Que cómo me siento? No lo sé. Nuestro idioma no tiene palabras para explicarlo.

Erzuli asintió con labios fruncidos. Dambalah miraba para otro lado.

—Y él, ¿cómo está?

—Dice que no recuerda quién era —respondió Maël, afligida—. En mi memoria todavía vive esa niña que fui cuando era solo yo. Ahora, después de tantas estaciones, regresaré con los Laurent y viviré mis últimos días con las hijas de mis hijas. Pero él...

—Señora —clamó el viejo como si despertara de pronto, mientras agarraba la manga de Erzuli con fuerza—, quiero que me convierta en zombi. Que estos huesos marchitos sirvan al menos para algo.

—¿Estás seguro?

Las filas de zombis al servicio de la comunidad solían ser engrosadas por delincuentes y pecadores a modo de castigo. No era una petición habitual, aunque se habían dado casos.

—Desde que Agwé se fue, apenas soy algo más que un recipiente vacío.

—Está bien. Hoy recobraré fuerzas. Mañana por la noche, cuando volvamos con la estrella, realizaré el ritual. Pero si antes cambias de opinión...

El viejo se recostó de nuevo y miró al techo con determinación. La anciana Maël cubrió su rostro con las manos.

A la mañana siguiente, Athenais se sintió con fuerza suficiente para volver al hogar de la familia Janvy, situado en la segunda planta del ala noroeste de la Sitadèl Laferrière. Salió al bullicio atareado del patio, acompañada de su hija mayor y con dos nietos correteando entre sus piernas. Las diferentes familias cocinaban el desayuno en hogueras y hornos de leña. Las mejores recetas del arte culinario Fah se preparaban para los feligreses y galipotes, mientras que los zombis y animales domésticos debían conformarse con cáscaras, sobras y desperdicios.

Athenais se detuvo con los ojos cerrados de cara al sol para disfrutar su calor, mientras el aroma del ragú de cabra y el arroz con hongos despertaba su apetito.

El sonido inconfundible de los atabales le hizo regresar de mala gana a la realidad.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras se abría paso entre la gente.

Con el rostro pintado y una maraca bendita en la mano vendada, Erzuli Dantòr realizaba la danza del galipote.

—Las señales eran claras —dijo Dambalah, que estaba a su lado.

La mujer miró al hombre de mediana edad y cabeza rapada que cabalgaba el loa. Volvió su atención sobre Erzuli, que agitaba la maraca y se desplazaba al ritmo de la percusión para buscar al animal en el que iba a reencarnarse el ancestro.

—Abre el portal a Guinea, Papá Legba, permite que su espíritu cruce la encrucijada —cantaba.

Erzuli de las Pasiones se paró en una esquina del patio, sus ojos se pusieron en blanco, empezó a temblar. Una perra blanca y negra amamantaba a su camada a sus pies. La mambo que ejercía de hounsi en la ceremonia le tendió una gallina. Erzuli sacó el cuchillo ceremonial, la degolló de un tajo y cubrió a una de los cachorros con su sangre. La hounsi llevó la gallina hacia uno de los pucheros, mientras Erzuli levantaba en brazos a la cachorra y volvía de nuevo en sí.

—La Commandant Jacqueline, tataratía de los Janvy, ha regresado con nosotros —proclamó.

Todas las miradas se dirigieron hacia Athenais. La agricultora se adelantó sonriente hacia la pequeña galipote, que olisqueaba el aire, empapada y nerviosa, en manos de Erzuli. La recogió con cariño y la envolvió en un paño.

Erzuli se encaminó a un rincón discreto, mientras la comunidad se congregaba en torno a la familia Janvy para celebrar el renacimiento. Se lavó el sudor y se limpió las tinturas ceremoniales con un barreño de agua de lluvia.

—Eso ha sido sabio —comentó con tono afable Dambalah, tras reunirse con ella.

—Tú eres quien leíste las señales —se encogió de hombros Erzuli—, yo solo realicé el ritual.

Ambos se unieron al grupo seleccionado para buscar la estrella, que ya les esperaba en la Puerta Única. Bajo la dirección de los tres Mandatarios de la otra orilla, se habían pertrechado para la larga jornada de caminata por la cordillera.

Al frente de un pelotón de diez guerreros armados con lanza y machete, iba Ogún. Las largas barbas y rastas del anciano que cabalgaba el loa del yunque y la montaña eran blancas como las nubes que se asientan en los picos más altos, pero su cuerpo fibroso conservaba la fuerza y agilidad de sus años mozos. La esencia que se derramaba desde Guinea en su carne lo convertía, sin duda, en el mejor intérprete de kalenda, el arte marcial del machete, en todo el culto Fah.

Veinte zombis desnudos y con la piel pintada de blanco completaban la comitiva. Portaban los víveres para el viaje, así como sogas y listones de madera para transportar la estrella hasta la Sitadèl Laferrière.

Alumbrados por la tibia luz de la mañana, la partida cruzó la única salida o entrada de la fortaleza, atravesó por una senda descendente las terrazas de arroz y caña de azúcar, legumbre, yuca, calabaza, tabaco, maíz, batata, cacao y aguacate, cítrico y banano, que adornaban la cúspide del

Gorro del Obispo, y se alejó entre los chiqueros, alambiques y chozas de pastoreo rumbo hacia el sol naciente.

Caminaron ladera abajo por riscos cubiertos de pasto hasta dejar atrás los rebaños de cabras. La fauna de la cordillera era relativamente escasa: iguanas, roedores, pájaros insectívoros... Pero, en la lejanía a sus pies, las coníferas, la caoba y el helecho daban paso a la frondosa manigua, que sobresalía entre depósitos marinos y corrientes fluviales. Un vergel de humedad opresiva en donde la vida, dominada por el cocodrilo y el temible bucán, se desparramaba en todas sus formas: peces, aves, reptiles, mamíferos y sabandijas, que se revolvían en un lujurioso baile de sustento, fecundidad y muerte.

Más allá del verdor, a tres o cuatro jornadas de caminata en dirección a la costa, se distinguían los edificios decrepitos de Puerto-de-Paz si el día era claro. Hasta dos generaciones atrás, los Fah habían convivido en armonía con varios cultos dentro de aquellas antiguas ruinas sepultadas por palmas y enredaderas. Pero, durante las guerras religiosas que habían assolado la región, habían sido reclamadas por los Maladi, un culto caníbal que había destruido o expulsado al resto de congregaciones. Los Fah supervivientes se habían visto obligados a exiliarse lejos de la influencia Maladi y habían partido para buscar refugio en la mítica fortaleza de la que hablaba la tradición. Sus sortilegios de adivinación los llevaron hasta la Sitàdèl Laferrière a través de un azaroso peregrinaje, y tras muchas estaciones de trabajo duro y sacrificio lograron reconstruirla y levantar los apriscos y terrazas de cultivo.

A media mañana, pararon para almorzar. Los macheteros y los tres loas repartieron arroz con habichuelas entre los zombis de ojos sanguíneos, y se sentaron sobre unas peñas a comer frituras de cerdo con verduras. Los zombis eran ajenos a los picotazos de los mosquitos, apenas conservaban la

conciencia suficiente para ocuparse de sus necesidades básicas. El hecho de que fueran desnudos no solo atendía a su naturaleza animal, también resultaba práctico a la hora de adiestrarlos a mear y cagar como a un perro.

Erzuli miró de reojo a Achilles, a tiempo de ver cómo el machetero apartaba la vista de ella. Llevaba toda la mañana sintiendo los ojos del amante de Mahaila en la nuca. Achilles pidió la calabaza de ron a Ramírez, uno de sus hermanos de armas, para disimular. El baile de miradas se prolongó mientras recogían el campamento, antes de proseguir la marcha.

El sol había encumbrado el cielo cuando, tras remontar un repecho, dieron con la estrella. Había caído en un socavón natural del tamaño de la ciudadela.

—Mirad —señaló Nadia, una machetera con un forúnculo enorme en la mejilla.

Un hombre con levita morada y chistera sobre la cara dormitaba recostado contra la estrella. A la sombra de sus piernas, un ocelote castrado y vestido con chaqué devoraba carne y tendones recubiertos de escamas.

—¿Quién será? —preguntó Ramírez.

—Ya era hora de que llegais —gritó el personaje desde la distancia, sin dar tiempo a una respuesta.

Subió la chistera de un capirotazo, se despezó y se puso en pie. Su piel era oscura, curtida por el sol, y su edad incierta. Llevaba botas de cocodrilo, un collar de calaveras de alimaña y un machete grabado con veves al cinto. Estaba cubierto de polvo del viajero. Se apoyaba en un cocomacaque de cedro rematado en una cruz.

—¿Nos esperabas? —preguntó Erzuli.

El hombre se tomó su tiempo antes de contestar. Sacó un pellejo de ron, dio un largo trago y se metió un grueso puro en la boca.

—¿Os importa si enciendo un fuego? —dijo con el tabaco entre los dientes.

—Hemos venido a por la estrella. No a perder el tiempo contigo.

—Pues la estrella es mía. Y además llevo casi un día esperando a que alguien venga a reclamarla. Vais a tener que darme algo a cambio.

—¿Es que acaso no sabes con quién hablas, mamahuevos? —dijo la joven haciendo gala de la autoridad que le había conferido el ritual—. Somos Erzuli Dantòr, Moisés Dambalah y Ogún Feray del culto Fah.

—Barón Samedi del culto Gouns —respondió con una reverencia—. Y este es mi tatarahermano, Papa Doc —añadió mientras señalaba con el pulgar al ocelote.

Los tres lo miraron con suspicacia.

—¿Creéis que es cierto? —musitó Erzuli—. No alcanzo a ver que lo cabalgue ningún loa.

—Pero el Barón es conocido por sus habilidades para la discreción y el engaño —dijo Ogún—, podría estar escondido bajo su piel.

Erzuli asintió. Si algo precedía al Barón Samedi era su fama de hechicero versado en las artes bokor.

—Hablando de lo cual... —dijo Dambalah, para después gritar—: ¡El culto Gouns fue diezmado por los Maladi hace dos generaciones!

—¿He dicho Gouns? Perdonadme, amables Señores del Allá, quería decir el culto Ashanti. Hagamos un trato.

—El culto Ashanti habita en costas lejanas de la Isla Grande —susurró Dambalah—. Me cuesta creer que un solo hombre y su galipote se hayan abierto camino entre los bucanes hasta aquí. Por más que lo cabalgue un loa. Por otro lado, Samedi es el aspecto menos maligno del Barón, puede que sea buena idea llegar a algún tipo de acuerdo.

Erzuli de las Flores frunció los labios.

—Dime una cosa, amemao —gritó—. ¿Por qué vamos a negociar contigo, si podemos llevárnosla por la fuerza?

Con un gesto, ordenó a los macheteros que avanzaran. Estos bajaron las puntas de las lanzas al frente y marcharon hacia la estrella con resolución.

El ocelote levantó el hocico ensangrentado de los restos de su almuerzo. El Barón Samedi se colocó el puro en la oreja y desenfundó el machete.

—¡Loa contra loa! —entonó mientras realizaba la danza del desafío, una ceremonia pactada entre los distintos cultos como alternativa a las guerras religiosas—. Que las fuerzas de Guinea guíen mi brazo, que los ancestros defiendan mi causa, que el culto vencedor se quede con todo y, el que pierda, con nada.

El Barón se llevó el pellejo a la boca y escupió el ron en su dirección.

—Eso ha sido astuto —comentó Dambalah con media sonrisa—. Le has obligado a mostrar al loa.

Los movimientos rituales no eran idénticos a los que conocían, pero las semejanzas eran innegables. Si no respondían de acuerdo a la tradición, parecerían débiles.

—Sí, pero ahora hay que aceptar el desafío —gruñó Erzuli—. ¿Ogún?

El anciano sonrió con ferocidad y se quitó la guayabera para quedar desnudo de cintura para arriba, vestido solo con las sandalias y una falda de lino. Sacudió los brazos y se pintó una calavera en la cara con tintura mágica de savia y hongo seco.

El Barón observó su complexión recia y el filo de su enorme machete. Sabía que la calavera pintada le infundiría coraje y le protegería contra el dolor. Pareció buscar el consejo de Papa Doc, que se limitó a centrarse de nuevo en su comida.

—Esto... —carraspeó—, propongo pactar el duelo con los cocomacaques.

Ogún miró a Erzuli, que se encogió de hombros. Enfundó el machete y se dirigió hacia Samedi, en lo hondo de la dolina, cocomacaque en ristre.

La kalenda, la ciencia del palo, la senda de la madera, era un arte marcial de estrategia, pero también una danza. Los macheteros formaron una media luna tras Ogún, golpearon las lanzas con los machetes o las manos contra el pecho,

mientras entonaban las rítmicas canciones que otorgaban destreza y valor al luchador. Papa Doc se levantó, alerta, aunque poco después se estiró y volvió a tumbarse. Erzuli sacó del morral la reliquia que había traído, protegida por un pequeño relicario labrado de veves: un silbato hecho con la falange de san Wyclef Jean. Sopló al ritmo de los macheteros para solicitar la ayuda del santo, un mítico ancestro del culto Fah. Ogún fintó, saltó a un lado y cargó desde arriba sobre el Barón.

La kalenda se centraba en la defensa. Los guerreros más hábiles podían protegerse de cualquier tipo de ataque cuerpo a cuerpo que recibieran dentro del alcance de su arma. De modo que, cuando un luchador avanzaba, el otro retrocedía. Si uno giraba a un lado, su oponente lo hacía al otro. Siempre guardando el mismo espacio, frente a frente, centrados en bloquear o esquivar los golpes. La destreza de Ogún era tal, que era capaz de dominar el arma de su adversario con sus maniobras defensivas, de llevarlo y arrastrarlo hacia donde quería. Y el Barón se dio cuenta desde los primeros compases del combate. Además, Ogún armonizaba su baile con los cánticos de los macheteros y los pitidos de Erzuli a la perfección, su falda ondeante se confundía con sus amagues, ataques y bloqueos, mientras que la danza del Barón era sutilmente distinta y se veía trabada por el ritmo dispar de sus rivales.

Por tres veces, Ogún había roto su guardia. El dolor de las costillas, la muñeca izquierda hinchada y la oreja sangrante lo atestiguaban. El último bastonazo había chafado y ladeado la chistera, que sujetaba con una cinta bajo la barbilla. Por suerte, su puro seguía a salvo al otro lado del cráneo.

El remate en forma de martillo de Ogún se enganchó en la cruz del cocomacaque del Barón. El anciano dio un tirón y desarmó a su adversario. Anticipó la siguiente maniobra del Barón, como llevaba haciendo desde el principio, y lanzó un golpe a su sien que lo dejaría inconsciente. Solo que, para sorpresa de todos, en esta ocasión el loa del cementerio no

hizo lo que Ogún había previsto. En lugar de abalanzarse para recuperar el cocomacaque, amagó a un lado, se giró hacia los zombis y echó mano a uno de los saquillos que colgaban de su cinto.

—¡Despierta! —ordenó con una voz de ultratumba vinculada a Guinea, mientras rociaba a uno de ellos con sal marina.

Los ojos inyectados en sangre parpadearon, conforme el espíritu escapaba a su encierro y regresaba a la carne. La sal marina era un componente esencial para devolver a un zombi a la vida.

El Barón Samedi se alejó corriendo de Ogún y los macheteros. El zombi se miró las manos pintadas de tintura blanca con perplejidad y soltó un alarido quebrado. El primer sonido superior a un gorjeo que salía en muchas estaciones de entre sus labios.

Papa Doc, alterado, correteó hacia los guerreros y los rodeó bufando. Los macheteros que estaban más cerca del zombi lo acorralaron para sujetarlo, cruzándose entre los dos loas en liza, mientras los demás se ponían en guardia frente al ocelote. La carrera del Barón se curvó, los salmos de los macheteros se aturullaron y, con ellos, los pasos del baile de Ogún. Samedi atrapó su cocomacaque y siguió girando sin frenar. El zombi redivivo se revolvía en los brazos de los macheteros. Papa Doc mostraba las fauces y manoteaba al aire ante el resto de confusos guerreros. Ogún trató de encontrar a su rival entre el embrollo de gente desquiciada, pero el Barón se le acercó agachado por la espalda y golpeó la cabeza del loa, que cayó noqueado al suelo.

Samedi enderezó su chistera, se llevó el puro a los labios y se volvió hacia una ceñuda Erzuli.

—Parece que la estrella es mía —dijo con una radiante sonrisa.